

Josep Pla y los escritores del 98

*La literatura pura, com a finalitat,
no m'interessa gens.*
Josep Pla, 1927

I

Seguramente pocos escritores peninsulares de este siglo pueden ofrecer una biblioteca más amplia y sugestiva, inteligente y escéptica, que Josep Pla. La biografía de su obra –todavía por hacer con rigor y precisión– es uno de los perfiles más apasionantes de su mundo literario. Bajo el común denominador de la prosa y desde su primer libro, *Coses vistes, 1920-1925* (Barcelona, 1925), hasta sus *Notes del capvesprol (Reflexions d'un vell de vuitanta anys que ha viscut molt)* (Barcelona, 1979), formado por notas posteriores a 1975, el medio siglo de literatura que Pla nos ha brindado ha ido alternando el catalán y el castellano hasta conformar en su *Obra Completa*, que Ediciones Destino empezó a publicar en abril de 1966 con el tomo primero, *El quadern gris*, un universo tumultuoso en la cronología y escasamente respetuoso con la lengua primera de los textos, pero fascinante y atractivo como pocos.

Sin embargo, hora es ya de lamentar que ese universo, dispuesto en cuarenta y cuatro volúmenes, fuese apareciendo como lo hizo: con «un component d'aleatorietat, de precipitació i de decurança que és l'altra cara del mite de l'edició definitiva»¹, según atinado resumen de la profesora Marina Gustà. Quizás forzados por los compromisos editoriales, Pla y su editor acudieron a todo tipo de componendas hasta que vio la luz el tomo treinta y nueve, que es el último que el escritor conoció antes de su muerte en 1981. Un ejemplo muy gráfico es el magnífico tomo treinta y tres, *El passat imperfecte* (1975), que agrupa una serie amplia de los artículos que Pla publicó en castellano en el semanario *Destino*, traducidos al catalán por el corrector de la editorial Bartomeu Bardagí². Es evidente que lo oportuno sería volver al texto primitivo de la revista, aun respetando que «mentre Pla va viure, és a ell, si no hi ha documents que

¹ Marina Gustà, *Els orígens ideològics i literaris de Josep Pla*, Barcelona, Curial, 1995; p. 37.

² Tomo el dato de Cristina Badosa: Josep Pla. Biografía del solitario, Barcelona, Edicions 62, 1996; p. 317.

ho desmenteixin, que hem d'atribuir el resultat final dels volums de l'*Obra Completa*»³, y conocer así, de primera mano, su talento en el dominio de las letras españolas, lo que no supone restar ninguna importancia a su lugar preeminente en la literatura catalana del siglo XX. En este sentido comparto por entero la opinión del profesor Antonio Vilanova, formulada en 1950. Escribía Vilanova refiriéndose a la producción de Pla en el semanario *Destino*:

«Esta impresionante labor producida en poco más de diez años, tiene la importancia egregia de haber incorporado el nombre de José Pla a la literatura castellana en la que, al igual que Maragall, ha inyectado una faceta racial tan legítima como el galleguismo o el andalucismo de tantos escritores famosos de las letras españolas. Pero sin menoscabar en un ápice esta aportación de su obra castellana que, gracias a su maestría de escritor y a la indomable originalidad de sus ideas, ha revelado en José Pla a uno de los mejores articulistas españoles después de Larra, es justo reconocer que la más pura y noble faceta de su arte está representada por su vasta producción en lengua catalana»⁴.

Menos justificación tienen los últimos cinco volúmenes (XL-XLIV). Aquí, como en el caso de una parte de la obra final de Azorín, la arbitrariedad de la recopilación es gravísima. Marina Gustà ha señalado las sombras de esos volúmenes con todo detalle. Quiero subrayar algunas de las desmesuras que se cometen: no se respeta la lengua del texto primitivo, se confunden artículos de diferentes series y se publican papeles dispersos sin insistir específicamente en esa condición. En resumen, un laberinto más que añadir a la obra de Pla que en nada la engrandece. Así, por ejemplo, las notas de lectura que el joven maestro ampurdanés empieza a publicar en *La Publicidad* a partir de noviembre de 1919 (textos sumamente interesantes) no se dan completas, se traduce sin indicación de quien lo ha hecho, y se distorsionan los títulos de alguna serie, tal la rotulada por Pla, «Pall-Mall». Sería deseable que pronto el lector pudiese conocer las reseñas del joven Pla, escritas en castellano con anterioridad a septiembre de 1922, tal y como aparecieron en el gran periódico barcelonés *La Publicidad*⁵. Los nombres de los autores reseñados no ofrecen ninguna duda sobre su importancia: Baroja, Maeztu, D'Ors, López-Picó, etc.

³ Marina Gustà, *Els orígens ideològics i literaris de Josep Pla*, p. 37.

⁴ Antonio Vilanova, «El arte de José Pla», *Destino* (16-XII-1950).

⁵ Para no confundir al lector quiero recordar que el diario barcelonés se publicó en castellano desde 1878 hasta el 30 de septiembre de 1922. El número del primero de octubre aparece en catalán, y así siguió hasta su cierre el 22 de enero de 1939. Hay colaboraciones de Pla tanto en *La Publicidad* como en *La Publicitat*. He tomado los datos de la magna obra 200 anys de premsa diària a Catalunya (direcció, Josep Maria Huertas), Barcelona, Fundació Caixa de Catalunya, 1995.

Era necesario exponer lacónicamente estas consideraciones porque todo aquel que quiera buscar en la obra de Pla una serie de relaciones o de intertextualidades se va a tropezar con el gravísimo inconveniente de la miscelánea aterradora en que se convierten algunos de los tomos de la *Obra Completa*, obscureciendo la trayectoria intelectual, literaria y estética de un periodista y escritor genial.

En la otra cara de la medalla, la *Obra Completa* ofrece en toda su amplitud el mundo literario de Pla, cuyos límites son imposibles de perfilar con detalle. «Sus límites –escribía Vilanova– imprecisos que oscilan entre el panfleto y el ensayo, pero que cobran las más de las veces la breve dimensión de un artículo, pueden dar cabida al cuento, a la divagación, al cuadro de costumbres, a la sátira, a la confesión íntima y a la narración de viajes»⁶. La creación literaria de Pla, fraguada en la observación de la realidad y aderezada por la amenidad y la agudeza, la insinuación y el matiz, se edifica desde sus señas de identidad en la «literatura de ideas» –Montaigne, La Bruyère, Voltaire, Sterne, Heine o Anatole France– hasta conseguir un grado de autonomía que le otorga un lugar capital en las letras catalanas y un espacio muy relevante en las letras españolas. Un denominador común de ironía, escepticismo, ingenio y agudeza, hace inconfundible el quehacer de Pla tanto por lo que se refiere al libro de viajes, los cuadros de costumbres, las semblanzas de los personajes que conoce o el discurso autobiográfico. Pla nos descubre lo mágico en el mundo cotidiano que le rodea y del que su pluma, guiada por la razón y los sentidos, ofreció un testimonio rotundo, inapelable.

II

De las múltiples facetas que atesora para el curioso lector el universo literario del solitario de Llofriu, quiero llamar la atención sobre su visión (semblanza, impresión, anécdota) de los escritores españoles del 98. Nacido el año anterior al desastre colonial, Pla entra en el mundo del periodismo en 1919 cuando aquellos jóvenes del 98 ya han edificado una trayectoria literaria propia y son referencias indisputables del canon literario vigente. Se trata de poner de relieve, en apretada síntesis y con las salvedades a las que aludía anteriormente, las sagaces y penetrantes, lúcidas y arbitrarias opiniones que Pla ofreció de Unamuno, Baroja, Maeztu y Azorín a lo largo de su dilatada andadura de periodista y escritor. Ello contribuirá –una vez más– a deshacer un empeño imposible: separar y aislar hasta la idiotez las letras peninsulares.

⁶ Antonio Vilanova, «El arte de José Pla», Destino (16-XII-1950).

En un artículo publicado en mayo de 1927 en la *Revista de Catalunya* y en el contexto de la recepción de *Relacions* (1927) y del fracaso de las Ediciones Diana (un intento de un grupo de escritores –con Pla a la cabeza– de emanciparse de la figura del editor), el maestro de Llofríu, convencido de que la literatura debe servir para «augmentar en l'home el sentit actiu de responsabilitat i de crítica»⁷, afirma que no cree en la independencia del arte y de la literatura. La literatura es según el penetrante ojo crítico de Pla (sus colaboraciones de la primera mitad de ese año en *La Publicitat* lo confirman) un fenómeno más en el tejido de las relaciones de la vida social, de la cotidianidad de la vida comunitaria. La función del escritor, tal y como la entiende Pla, tiene una dimensión social y de ahí que se deba apasionar por su época y por el pulso de la vida que se mueve a su alrededor, ser parte de esa vida:

«M'interessa aquesta vida en tot allò que té de menys extravagant, de menys esnob i de més material. És per això que fer l'art per l'art sempre m'ha fet el mateix sinistre efecte que sentir refilar un canari a la casa on hi ha un difunt a punt d'enterrar»⁸.

Como se ve, desde bien temprano Pla entendió, al modo de De Sanctis, la literatura como reflejo de una sociedad determinada en un momento dado, y el papel del escritor como observador y testigo de la época que le ha tocado vivir. Por ello desde sus iniciales artículos prestó atención a la vida literaria que le rodeaba. Tras la experiencia de *La Publicidad*, que se inicia el 24 de noviembre de 1919, y la corresponsalía en París (abril de 1920 a febrero de 1921), Pla, gracias a los buenos oficios de Joan Estelrich, se incorpora a las tareas de *El Día de Mallorca* y es enviado como corresponsal a Madrid, donde, desde primeros de marzo hasta finales de abril de 1921, escribió regularmente «la crònica de la vida pública y cultural madrilenya»⁹, sin desatender sus habituales colaboraciones en *La Publicidad*, en su sección «Pall-Mall», que naturalmente son en esos dos meses madrileños un conjunto de interesantes apuntes sobre la vida de la capital.

El contacto directo con las tertulias de los cafés madrileños incentivó su interés por los escritores del 98, ya manifestado en las iniciales reseñas de 1919. En Madrid trata a Unamuno y Baroja, Azorín y Maeztu, entra en contacto con el grupo de *España*, el prestigioso semanario de la vida nacional que Ortega había fundado en 1915, visita la tertulia de

⁷ Josep Pla, «Mitja hora amb Josep Pla. Autoentrevista», Caps-i-puntes, OC, Barcelona, Destino, 1983; t. XLIII, p. 283.

⁸ Ibidem; p. 284.

⁹ Cristina Badosa, Josep Pla. Biografía del solitari, p. 48.

«Pombo»¹⁰, etc. Precisamente en uno de los artículos de la serie «Pall-Mall», dedicado al libro de Santiago Ramón y Cajal, *Charlas de café* (1921), miscelánea de confidencias, anécdotas y pensamientos, se encuentra la primera referencia explícita de Pla al grupo de escritores del 98.

El artículo de Pla es agrio y mordaz: «Darrera el gran neuròleg no hi ha sinó un notari escèptic, lector de Campoamor i caçador de les frases gruixudes de Nietzsche i de Schopenhauer. Quina cosa més esborronadora, més esborranadora!»¹¹. Seguramente la acidez de la pluma de Pla se acentúa porque Cajal había invocado en el prólogo a Montaigne, La Bruyère, La Rochefoucauld, Chamfort, Stendhal y Anatole France -escritores muy queridos por el joven periodista ampurdanés- como paradigmas de su propio texto, y lo invocado no se cumplía en el grueso del volumen, cuya lectura le decepcionó por entero. Al aire de esta desilusión, Pla hace unas consideraciones sobre la vida de la cultura en España. Aun reconociendo el valor de ciertas personalidades de la universidad, la institución como tal le parece mediocre, mientras la única cultura digna de consideración está en «l'extrarradi, al suburbi, és cosa antioficial». En esa zona, que no es ni la academia ni la universidad, sitúa Pla a la generación del 98, en la que incluye a Ortega y a la que define -con lacónica y acertada precisión- como «nacionalista»:

«Fa pena de veure i de tractar els homes més granats de la cultura castellana. Aquests homes són la generació dita del 98, que no ha estat superada, perquè de fet, Ortega y Gasset pertany a aquesta generació. Gràcies a aquest moviment intel·lectual nacionalista, Espanya té una ombra de personalitat en el món i es coneix una mica ella mateixa»¹².

El juicio del joven Pla es ambivalente. De una lado, observa en los escritores del 98 una vida plagada de interinidad, idéntica a la de sus tiempos del fin de siglo, en un ambiente vacuo y hostil. Únicamente están separados de los años del desastre colonial por la pérdida de sus ilusiones: «No han perdut res més que les il·lusions». De otro, la penetrante pupila de Pla detecta en sus quehaceres literarios e intelectuales el único ademán profesional valioso, ponderado y ecuánime. Al margen de la vida oficial, estos intelectuales y escritores le parecen los únicos que,

¹⁰ En Madrid, 1921. Un dietari (1929) Pla ofereix un curiós testimoni de estos dies madrileños desde el écran del recuerdo. El retrato abocetado de Gómez de la Serna es excepcional: «Dret encara, Gómez de la Serna sembla un defensa de team de futbol efeminat, o el fill intel·lectual d'algún carnisser enriquit. Se li nota massa la pell, una mica oliosa, amb un punt de morbidezza d'home d'interior» (Josep Pla, Madrid, 1921. Un dietari, Primera volada, OC, Barcelona, Destino, 1966; t. III, p. 648).

¹¹ Josep Pla, «Escrips de joventut: Pall-Mall», Caps-i-puntes, OC; t. XLIII, p. 191. El artículo está fechado el 29-III-1921.

¹² Ibidem; p. 192.

aún careciendo de un contacto suficiente con la vida, son exponentes del pulso vital de España:

«El séc professional que no trobaríem ni a l'Acadèmia, ni a la Universitat, ni a l'Ateneu, ni a cap reunió de persones respetables d'un voluminós pudor presumpte, el trobaríem en aquest periodista dur, grinyolós i desigual, en aquest novel·lista desesperat, en aquest poeta obscur que professa a Segòvia, en aquest professor transit de malencolia, en aquest escriptor silencios»¹³.

Los adjetivos de Pla (su mejor magisterio como escritor) dejan entrever las personalidades de Maeztu, Baroja, Antonio Machado, Unamuno y Azorín.

Dejando aparte los matices y las insinuaciones que la diáfana pluma de Pla siempre ofrece, el artículo da una pertinente definición del movimiento intelectual del 98 como nacionalista. Caracterización que mantuvo inamovible a lo largo de su trayectoria periodística. En los primeros tiempos (1942) de *Destino* y al trazar una magistral semblanza de Azorín, escribe: «La generació de 1898 fou un grup d'escriptors i d'artistes que sentiren profundament el nacionalisme. La seva preocupació constant fou Espanya»¹⁴.

Los días madrileños de 1921 le acercaron a los escritores de la generación del 98, a los que había leído con anterioridad¹⁵. Un atento observador y un *flâneur* joven e inteligente, curioso e irónico deambula por Madrid y viaja a Salamanca, Ávila y Segovia, dando noticia de la ciudad y de Castilla como si fuese «un contribuent incert, crepuscular i prescindible»¹⁶, según recuerda en el prefacio de 1929. De estos días de aprendizaje quedó en el pensamiento de Pla una convicción sobre el quehacer literario del 98 que habría de exponer años después, cuando las circunstancias históricas eran bien distintas, en la inmediata posguerra. Dos textos de 1942, ambos escritos originalmente en castellano, certifican su

¹³ *Ibidem*, pp.192-193. Cita Pla en este artículo a otros escritores relevantes: Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala y Moreno Villa, a los que naturalmente sitúa en otro ámbito generacional.

¹⁴ Josep Pla, «Azorín», *El passat imperfecte*, OC, Barcelona, Destino, 1975; t. XXXIII, p. 27.

¹⁵ En el artículo «Azorín», publicado en 1942, Pla, al examinar su biblioteca, recuerda: «He descobert, primer, que posseeixo vint o vint-i-cinc llibres d'Azorín comprats a la meva época d'estudiant. Los pueblos, La ruta de don Quijote, Castilla... Recordo que llavors vaig empassar-me aquests llibres amb la mateixa avidesa que vaig llegir Verdaguier, les poesies i els articles de Maragall, les coses de Pujols, les primeres poesies de Sagarra, la crònica de Muntaner, Montaigne, Sterne, Gide, Barrès» (Josep Pla, «Azorín», *El passat imperfecte*, OC; t. XXXIII, p. 22). En *El Quadern gris* (1966) escribe (14-X-1918): «La nostra generació –la generació catalana– deu haver llegit copiosament l'obra de Pío Baroja. A disset anys, jo la devorava i es pot dir que la conec tota» (Josep Pla, *El Quadern gris*, OC, Barcelona, Destino, 1966: t. 1, p. 358).

¹⁶ Josep Pla, Madrid, 1921. Un dietari - Primera volada, OC; t. III, p. 467.

visión de los escritores del 98: el valor literario de aquella generación radica en la aproximación verdadera que hizo a las tierras, los hombres y las cosas –la intrahistoria– de España, convirtiéndola en pasajes literarios imprescindibles para su conocimiento. En el artículo «Azorín», citado varias veces, Pla se refiere al conocimiento y amor de España que ofrecen las obras noventayochistas:

«Aquesta generació ha subratllat alguns trets, ha descobert alguns aspectes –llums, colors, formes–, ha ressuscitat algunes idees, ha exhumat algunes figures i alguns escrits, ha vist Espanya a través d'un tal hàbit de realitat, gairebé diriem de fotografisme, que per a molts de nosaltres l'obra d'aquesta generació és una dada indispensable en el conoixement d'Espanya»¹⁷.

En *Rusiñol y su tiempo* (1942), que junto con *El pintor Joaquín Mir* (1944), *Un señor de Barcelona* (1945) y la reedición de la traducción castellana de la *Vida de Manolo* (1947) conforman un retablo nostálgico de la vida de la sociedad barcelonesa en los tiempos del *Modernisme*, el maestro ampurdanés, tomando como pauta algunas afirmaciones de Azorín, señalaba cómo la literatura y la pintura del 98 se acercó, con además verdadero, a la identidad española:

«Les velles ciutats, la vida provincial, els pobles, la vida del camp, l'estretor, l'austeritat, la dignitat, el fons tràgic, pobre, de la nostra existència terrestre, les llums i ombres sobre les quals transcorre la nostra vida ¿qui les ha descrites millor que els escriptors, pintors, artistes del 98?»¹⁸.

Estas dos referencias (como otras más menudas que abundan en sus colaboraciones en *Destino*) acuerdan perfectamente con una idea vertebradora de la obra de Pla: la literatura como fedataria de una época y de una vida, de un paisaje y de unos hombres. Desde esta ladera es enteramente pertinente esta valoración del 98, que delata además la condición de epígono que el gran escritor catalán tiene respecto de la generación, pues como señaló el profesor Vilanova, haciendo hincapié en la particular deuda con Baroja, Pla ha heredado de los escritores del 98, «un sentido entrañable de la tierra y del paisaje, un profundo amor por los tipos y costumbres de su región nativa y un creciente interés por los más nimios incidentes e ignoradas facetas de la existencia cotidiana y vulgar»¹⁹. Pla admiraba en la labor de los del 98 –advirtiendo, al paso, sus claroscuros– lo que pretendió que fuese

¹⁷ Josep Pla, «Azorín», *El passat imperfecte*, OC; t. XXXIII, p. 27.

¹⁸ Josep Pla, Santiago Rossinyol i el seu temps, *Tres artistes*, OC, *Barcelona, Destino*, 1970; t. XIV, p. 496.

¹⁹ Antonio Vilanova, «La obra de José Pla»; *Ínsula*, 95 (1953); p. 7.

parte substancial de su obra: «Jo he tractat de descriure el país del meu temps»²⁰.

Seguramente Pla pudo conocer a Unamuno en el verano de 1916, cuando el maestro vasco transitó por dos veces –ida y vuelta de Mallorca– por Barcelona. Cristina Badosa en su reciente biografía de Pla sostiene que el escritor ampurdanés entró en el Ateneo de Barcelona a primeros de enero de 1918. Sin embargo, el propio escritor en un retrato de Nicolau D’Olwer, fechado en 1950, y quizás con una cierta dosis de imaginación, sugerida por la información que le facilitó el intelectual y político catalán, recuerda la estancia de Unamuno en Barcelona en 1916: «Era a l’estiu. A la tarda anava a passar l’estona al jardí de l’Ateneu. Es lligà amb els elements de la penya del doctor Borralleres»²¹.

Mayor trato tuvo con el maestro vasco cuando visitó por primera vez Salamanca, acompañado de Joan Crexells. Era el invierno (febrero) de 1921 y Pla pormenorizó las incidencias de la visita en *Madrid, 1921. Un dietari* (1929). Otros recuerdos de esa visita se dispersan por su obra. En *Viaje en autobús* (1942) –cuya traducción catalana es *De l’Empurdanet a Barcelona en Viatge a la Catalunya Vella* (1968)– el viajero recuerda su paso por Blanes y una conversación con Unamuno a propósito de la forma de tratar el paisaje en la novelística de Pereda y de Joaquín Ruyra. Pla recuerda que «lo que sí conocía y a fondo el profesor era la literatura que Ruyra había construido»²², certificando el notable conocimiento de la literatura catalana del maestro vasco. En la tercera serie de *Homenots*, los días de la estancia salmantina de 1921 retornan a la pluma de Pla. Se trata del retrato de Josep Carner, en el que recuerda las conversaciones con Unamuno y le responsabiliza de haberle acercado a la poesía de Bofill i Mates. Según Pla, Unamuno le dió una «elevada apreciació» de la poesía de Bofill i Mates (Guerau de Liost), fijándose en la artesanía poética que le hacía captar los mínimos detalles y en su humorismo bondadoso:

«Davant de la seva contenció verbal, del seu fre actiu i tens, de l’esforc, del seu estil, tan ben disimulat per una bonhomia exquisida, l’estupefecció d’Unamuno no tenia límits»²³.

²⁰ Josep Pla, «La substancia», *El meu país*, OC, Barcelona, Destino, 1968; t. VII, p. 227.

²¹ Josep Pla, «Lluís Nicolau D’Olwer» (1950), *Retrats de passaport*, OC, Barcelona, Destino, 1970; t. XVII, p. 257. En una de las últimas notas (noviembre, 1980-marzo, 1981) que Pla escribió recuerda el mismo episodio, que únicamente se puede fechar en 1916: «De vegades venia a Barcelona, i sempre a la penya de l’Ateneu, el rector de Salamanca don Miguel de Unamuno i Jugo, bilbaí. que s’hi aturava anant a Mallorca, on tenia amics» (Josep Pla, *Darrers escrits*, OC, Barcelona, Destino, 1984; t. XLIV, pp. 623-624).

²² Josep Pla, *Viaje en autobús*, Barcelona, Destino, 1980; p. 152.

²³ Josep Pla, «Josep Carner. Un retrat», *Homenots*. Tercera sèrie, OC, Barcelona, Destino, 1972; t. XXI, p. 254.

La memoria de los días salmantinos salpica el tomo *Direcció Lisboa* (1975). Aquí recuerda las andanzas de Unamuno por Portugal y se detiene en ponderar su memoria y su amplio equipaje de lecturas: «Unamuno en feia la impressió, a nosaltres, tan forasters, de tenir tantes coses al cap que la seva capacitat d'expressió no donava l'abast per a manifestar el que portava»²⁴. La torrentera de ideas que la personalidad de Unamuno llevaba consigo no se le escapó a Pla, transeúnte salmantino de 1921.

En el dietario de 1921 Pla retrata magistralmente a Unamuno. Retrato exterior de ademán balzaciano que se torna pronto en inteligente introspección analítica: el permanente nerviosismo, el hablar «curvilini i ondulant», el monólogo como forma de expresión de «les *entretelas* per avall» y la memoria con su fluir inagotable. La fascinación que el joven Pla sintió por Unamuno se advierte en la agudeza y la penetración con las que su pluma se acerca al maestro que le parece «un home entrat en el que ell deia l'agonia, o sia en la lluita, el frenesí i l'orgia dialèctica»²⁵.

Al margen de las conversaciones sobre poesía, Unamuno catalizó el descubrimiento del paisaje de Castilla por parte de Pla, quien al tomar el tren para marcharse de Salamanca, y al compás de un poema de *Campos de Castilla*, nos ofrece una delicadísima visión del paisaje castellano. La pupila de Pla se inunda de los infinitos horizontes castellanos: «Es veu el cel que va acerrar la terra i com li passa la mà per la cintura per emportar-se-la». Pero la nota final impone la realidad desde la razón pragmática. Los horizontes verticales son ilusiones del espíritu: «Més que la fantasmagoria òptica –i mística– és el blat el que compta a Castella»²⁶. La óptica de Pla se ha contagiado de la sensibilidad con la que el 98 miraba el paisaje de Castilla, pero la divagación lírica no ha conseguido apartarle de la realidad, sabedor de que son las representaciones de lo trivial y de lo cotidiano las que, en verdad, desafían al tiempo. Es el arte de Pla.

Si estos pasajes del dietario de 1921 nos acercan a Unamuno y al paisaje castellano como prueba indeleble de la admiración que el joven Pla sintió por el adalid del 98, un grupo de artículos de cerca de cuarenta años después (*Destino*, 1964 y 1965) retornan a la personalidad de Unamuno. En medio quedan las crónicas parlamentarias para *La Veu de Catalunya* (1929-1936), en las que Unamuno adquiere, en algunas ocasiones, estatura de protagonista, y las notas de *Madrid. L'Adveniment de la República* (1933).

El retorno fue polémico: Jordi Maragall y José María Valverde replicaron a los juicios que Pla había formulado en torno a Unamuno. Sería un

²⁴ Josep Pla, «L'itinerari central», *Direcció Lisboa*, OC, Barcelona, *Destino*, 1975; t. XXVIII, p. 115.

²⁵ Josep Pla, «Salamanca, 25 de febrer: Unamuno», Madrid, 1921. Un dietari, OC; t. III, p. 503.

²⁶ Josep Pla, «1^{er} de març: el tren», *Ibidem*; p. 507.

capítulo interesante, pero aquí conviene exclusivamente detenerse en los trazos con los que el solitario de Llofriu recordó a los lectores de *Destino* al catedrático salmantino. El baúl de la memoria que Pla utiliza en 1964 procede más que de los días salmantinos de 1921, de los meses parisinos de 1925 (de las caminatas junto al Sena y de las tertulias en *La Rotonde* de Montparnasse) y de los días republicanos en el Madrid de los años treinta, cuando Pla tiene un prestigio periodístico indiscutible y cuenta ya con una obra literaria de notable importancia.

El retrato de Unamuno tiene, como es frecuente en el arte de Pla, una dimensión física. De los ingredientes que componen la figura del maestro vasco, Pla se detiene en la indumentaria. Buen conocedor de *La Comédie Humaine* y del arte de Balzac, Pla considera la vestimenta unamuniana como metonimia de su psicología —«Unamuno no anava vestit d'artista. Anava vestit d'una altra manera, vestit d'individualista»²⁷— y como metáfora de sus ansias de inmortalidad. El uniforme unamuniano, como la barba de Valle-Inclán, son a su juicio coadyuvantes de su máxima aspiración: «quedar en la memoria aliena i, físicament almenys, quedaren de veritat esteriopats, fidedignes i inconmovibles» (431).

Midiendo la figura de Unamuno por un rasero balzaciano, Pla lo presenta como el paradigma del pequeño burgués. Es el rasgo recurrente de su retrato y, al menos en media docena de ocasiones, recurre a presentarlo como «el burgès modèlic, de l'època del capitalisme clàssic» (442), adivinando, no obstante, que sin ser socialista tenía una mal disimulada cordialidad hacia el socialismo. Obsesionado por el ahorro, por la regularidad de los actos cotidianos, poco dado a los cambios y con un infinito horror a la adulación y al elogio fácil y gratuito, los rasgos de la personalidad de Unamuno que recrea la prosa ágil y aguda de Pla van a converger en el convencimiento que el gran escritor noventayochista tenía de su valor y de su significación: «Tenia una idea bastant clara d'ell mateix» (443).

En el dominio de las ideas políticas, Pla, que ha obseado su aparente condición de agitador y de histrión que mal escondía unas convicciones graníticas, lo define (creo que con todo acierto y rigor) como «un pur i simple liberal» (444). En el ámbito estético y literario, Pla se siente impotente para trazar un perfil satisfactorio de Unamuno. Lector impenitente de su obra y conocedor de que una parte muy importante de ella andaba en los papeles periódicos, percibió la tendencia unamuniana a contemplar el mundo en forma de artículo o de capítulo de un libro. Es posible que su insistencia en ver a Unamuno completamente dominado

²⁷ Josep Pla, «Don Miguel de Unamuno: la seva figura física», *El passat imperfecte*, OC; t. XXXIII, p. 433. En adelante cito este trabajo en el propio texto, indicando entre paréntesis la página.

por el oficio de escribir, fuese producto de su propia contemplación en el espejo, cuya materialización literaria es ese libro magistral e insólito en las letras peninsulares que es *El Quadern gris*.

Los juicios de Pla acerca de los múltiples géneros literarios que Unamuno practicó son muy lacónicos. Le parecían menores los artículos políticos que no cesó de escribir durante la República: «de vegades la passió és tan forta que arrosega els esperits més distingits» (436). Las poesías las califica a la vez de excelentes y de anticuadísimas, si bien «les ferotges poesies de París», en referencia indudable a los «Sonetos de París», segunda parte de *De Fuerteventura a París. Diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos* (1925), que Pla conocía de primerísima mano, le parecían magistrales por sus sarcasmos irónicos. Lo mejor, el impulso decisivo de la obra unamuniana, está, a su juicio, en los *Ensayos*, que Pla siempre menciona con el complemento «de la Institución», aludiendo a la edición de la Residencia de Estudiantes (1916-1918) en siete tomos. La razón de esta preferencia tiene que ver con las dos notas primordiales que todo ensayo debe atesorar: la subjetiva y la objetiva. En los *Ensayos* palpaba la personalidad entera del maestro, y al mismo tiempo adivinaba su condición de *palimpsesto*, producto de la inmensa capacidad de absorción que Unamuno, mediante la lectura, tenía, y que Pla caracteriza como «una inmensa esponja» (448). En el fondo, los *Ensayos* son –y Pla lo sabe– la columna vertebral de una personalidad y de una obra, necesariamente unida a su país y a su tiempo: «Mai no es volguè separar ni del seu temps, ni del seu país, ni de la seva homenia personal. Això forma un embalum considerable» (449)*.

Adolfo Sotelo Vázquez

* Las notas que el universo literario de Pla dedica a Azorín, Baroja y Maeztu constituirán la segunda parte de presente trabajo.



Josep Pla y Camilo José Cela, en el mas Pla (1965).
Fotografía de Ramón Dimas.